

36.0

R

PQ 7117

187

26

D921

R6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



*A sus camaradas de
«La Nación»
Donde estas cartas se publicaron
Dedicales
R. R.*

«¿El poeta Rojas en Europa...? ¿Qué va á hacer? ¿Por
»qué exponerse á que las grisetas del boulevard lo miren
»de hito en hito, sin sospechar que bajo el color olíva de
»su rostro, hierve el aceite de una lámpara de oro, y que
»bajo esas fibras de carbón adusto al peine, yacen en
»huecas de indio las cristalizaciones del sol más linaju-
»do de la tierra?

»A Rojas, como á los demás poetas bien raizales, debía
»la República coronarlos de roble y ñandubay, y en vez
»de permitirles estas excursiones por Europa, ponerlos
»de patitas en lo más intrincado de la selva, á recoger
»mieles líricas en los panales y los nidos, á ver de olvi-
»dar lo que aprendieron en la escuela y á ponerse en
»acecho de los sátiros y hamadiadas aborígenes.

»Su misión oficial debía ser la de interpretar el cruji-
»do de los troncos y los gemidos de las hojas, hasta dar
»de nuevo con la voz errante de nuestro sentir profundo,
»ahuyentada del corazón americano por los cobres y pí-
»fanos de una civilización dictatorial.»

Se acuerda usted, mi querido Eduardo Talero, cuando hace más de un año se preguntaba usted en Buenos Aires: «¿Ir un poeta americano á Europa?... ¿Y para qué?... Día llegará en que tal viaje pierda el prestigio sacramental que hoy nos fascina.»—Su protesta halagó nuestro americanismo, y en la sonora fiesta fraternal, los amigos que me despedían para este viaje, aplaudieron su ingenio al oírle las hermosas palabras que encabezan esta advertencia... ¡Ah, si la República coronara de roble y de ñandubay á sus poetas, no buscaran ellos en el éxodo y las peregrinaciones azarosas el lenitivo de sus secretas amarguras, ni recurrieran para el sustento del camino, á la producción forzada y premiosa, que si no malogra, retarda al menos la obra donde florece el genio de una raza!... Pero yo busqué, sin embargo, dar un objeto á mi viaje, y estas páginas son testimonio de mis afanes. Yo procuré ser útil á mi patria y digno de ella en el extranjero. Yo no llevé mi ofrenda de mirra salvaje á la casa de los pontífices literarios. Yo desdeñé el elogio fácil de los maltres que ignoraban mi idioma. Yo me acerqué á hombres y monumentos con tal independencia mental que mis opiniones de meteco sublevaron alguna

protesta. Yo dije á públicos del viejo mundo las esperanzas del nuevo. Yo torné más alto y puro mi corazón ante las nobles figuras del arte clásico. Yo admiré de Europa la razón secular de su cultura, é inspirándome en ella, prediqué á mis lectores del Plata un evangelio de belleza, y el objeto constante de estas Cartas, fué encarecer la devoción al ideal como contrapeso de los esplendores materiales. Ahí reside para mí la diferencia entre las viejas y las nuevas civilizaciones, y al admirar de estas sociedades la tradición civil de su cultura, no lo hice en detrimento de las cosas nativas: antes bien procuré dar nueva vida á ese culto europeo del ideal con la pasión americana de mi alma que enardeció la ausencia. Y puesto que esta última es tan férvida en visperas del retorno como lo fuera en visperas del viaje que ya toca á su fin, vaya á la publicidad este libro de evangelización idealista, mientras yo quedo en mi habitual retiro, elaborando el sueño de esa obra futura donde florezca en concreción de arte la savia espiritual de nuestra estirpe.

RICARDO ROJAS.

París, Junio de 1908.

I

Desde París.